

á la Iglesia á recibir el viático, y la extrema unción, diciendo como el Centurion del Evangelio, que ella no merecia que su Salvador fuese á verla á su casa. Su marido, que no creia que estuviese tan mala, se lo prohibió: ella le obedeció, pero le suplicó que la mandase hacer el ataud; y puso ella misma aparte la sabana en que queria ser amortajada; en seguida se metió en la cama; no habló de otra cosa que del desprecio de las cosas del mundo, del amor y temor de Dios, y del deseo que tenia de verse unida á él para siempre. Un poco despues mandó venir á sus hijos, les habló de la manera que acaba de contarse, y les exhortó á amarse, y á tributar á su padre todo el honor que hasta entonces habian partido entre los dos, y les dió su bendicion.

Entró á visitarla en aquella ocasion una joven devota amiga suya, que fué á ofrecerle sus servicios; pero ella la dijo, que iba á prepararse para la muerte, y que se verian bien pronto en el cielo. Al poco rato, perdió la palabra, y se la dió la extrema unción; despues de haberla recibido, ya no dió mas señales de vida, que una gran cantidad de lágrimas que derramaba, abrazándose con el Crucifijo: y murió aquel mismo dia, á la hora que ella habia señalado.

Esta joven devota, cuya muerte habia predicho, la siguió muy pronto. Aun en el dia de hoy, no se habla de otra cosa que de la santa vida y preciosa muerte, delante de Dios, de aquella santa muger: los pobres, de quienes era la madre, la lloraron por mucho tiempo; y su familia cayó en una afliccion de la que no pudo salir.

El santo Prelado pareció muy conmovido con este discurso; y apenas hubo dejado de hablar el Primicerio, cuando el santo levantó sus ojos al cielo, llenos de lágrimas, y dijo estas hermosas palabras del Salvador: *yo os doy gloria, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, de que habeis ocultado estas cosas á los sabios*

*y prudentes, y las habeis revelado á los sencillos y pequeños. Esto es asi; Padre mio, porque vos lo habeis querido.* En este sentido escribió á madama de Chantal, y la prometió enviarla la narracion de aquella edificante historia.

Como de todo sacaba provecho para la eternidad, sirvió la historia que se ha contado para redoblar su celo; no pudo esperar á estar enteramente curado, y en cuanto hubo descansado algun tanto, continuó sus visitas. La situacion de los pueblos, lo trabajoso de los caminos, la desolacion que la guerra civil y la heregia habian llevado á todas partes, la multitud de negocios, y el extraordinario trabajo de que se cargaba, haciendo lo mismo casi en todas partes, le ocasionaron penas increíbles. Dice él mismo, que las dificultades que habia hallado en su visita, *no eran arroyos que pudiesen atravesarse fácilmente, sino torrentes capaces de arrastrar á los mas robustos: que encontraba cruces á cada paso, y que habia tenido un trabajo desmedido.*

Esperimentó en esta ocasion, que Dios no abandona jamas á los que confian en él, y trabajan por su gloria: porque añade, *que Dios le era tan propicio, que todos los dias hacia una especie de milagro en su favor: que cuando se retiraba por las noches, estaba tan abatido, que no podia hacer uso alguno ni de su cuerpo, ni de su espíritu; que sin embargo se encontraba todas las mañanas con un nuevo vigor, y en estado de continuar el trabajo, como sino hiciese mas que empezarlo entonces.* Confiesa, que habia encontrado el mejor pueblo del mundo sobre aquellas horrosas montañas; y que prescindiendo de algunas supersticiones que habia desterrado, nada podia añadirse al celo que tenian por la Religion católica. *¡Qué acogidas, dice, qué veneracion á su Obispo! He llegado antes de anoche á una pequeña ciudad; pero los habitantes habian encendido tantas hogueras, que estaba tan claro como en*

medio del día. ¡O qué bien merecen otro Obispo que yo! No era ni el equipaje, ni el fausto, ni estudiadas altanerías, las que le adquirían aquella veneración: sola su virtud sostenía su dignidad. Se engaña el que cree, que una Religión fundada sobre la humanidad, no puede sostenerse sino por el brillo de una pompa mundana.

Acabó en fin aquella penosa visita; y en cuanto estuvo de vuelta en Annecy, envió á Roma á su hermano Juan Francisco de Sales, canónigo de su Iglesia catedral, para dar cuenta al Papa del estado de su Diócesis. Necesitaba de algunas Bulas para reparar ó restablecer muchas cosas, que habían destruido la guerra y la heregía; y las obtuvo sin necesidad de otro agente, que de la alta opinion que se tenia en todas partes de su eminente santidad.

Tantas fatigas como acababa de experimentar, merecian bien que tratase de descansar algun tanto; pero aquel gran Prelado, incapaz de ocuparse de otras cosas, que de lo que podia contribuir á la santificacion de su pueblo, apenas estuvo de vuelta de la visita, cuando compuso unas instrucciones para los confesores. Nadie podrá leerlas, que no convenga en que estan llenas de dulzura, á lo menos nada tienen de la latitud que se ha tenido la temeridad de imputarle.

Apenas hubo concluido esta obra, cuando se preparó para predicar la cuaresma en Annecy. Desempeñóla con su acostumbrado celo. Conocia los males de su pueblo; sabia los remedios; su ejemplo acompañaba siempre sus discursos, y nada exigia de los demas, que él no practicase con la mayor exactitud. Dios echó sobre su trabajo mas abundantes bendiciones que de ordinario; no habia pecadores tan endurecidos, que pudiesen resistir á la fuerza del espíritu que hablaba por su boca. Empezaba su conversion por sus discursos públicos; la acababa y afirmaba en sus conversaciones privadas: este era su principal negocio, y ninguno habia que no de-

jase, quando se trataba de oír ó consolar á algun pecador.

Habiendo pasado las fiestas de Pascua, y hallándose entonces en Annecy el presidente Faure, formaron juntos el designio de fundar una Academia de filosofia, teología, jurisprudencia, matemáticas y letras humanas. Los dos sobresalian en estas ciencias; y nadie era mas capaz de ejecutar un proyecto tan útil. Dos motivos los condujeron á hacer aquella fundacion; el uno, que estaban persuadidos de que nada contribuye mas á introducir y sostener el desorden en una ciudad, que la ociosidad; el otro, que habia muchos talentos buenos en Annecy y en las cercanías, que faltos de ayuda no hacian en las ciencias los progresos que eran capaces de hacer. Estando dispuestas todas las cosas para la ejecucion de aquel designio, escribieron al Duque de Saboya para suplicarle, que concediese algunos privilegios á la Academia, que pudiesen estimular á sus vasallos á llegar al fin, que ellos se habian propuesto; el Duque se les concedió; y se suplicó al mismo tiempo al Duque de Nemours, que tuviese á bien ser el protector de la Sociedad. Francisco debia serlo despues del Duque, y sus sucesores debian tener al mismo tiempo derecho. Arreglaronse los Estatutos: se eligieron sugetos capaces de honrar la Corporacion; y el santo Prelado hizo la apertura de la primera Academia con un discurso de los mas elocuentes. El presidente Faure hizo la segunda apertura. Asi se estableció la Academia; y el santo Prelado sacó de ella todas las ventajas, que se habia propuesto.

Poco despues volvió de Roma Juan Francisco de Sales, y le trajo las Bulas que habia pedido con cartas de su Santidad y del Cardenal Pámfilo. Las del Cardenal no contenian sino una felicitacion sobre los continuos cuidados, que se tomaba para el restablecimiento de la fé y de la piedad en su Diócesis. Las del Papa iban acompañadas de una comision apostólica para la reforma de algunos monasterios, sobre la que el santo le habia es-

crito. El Cardenal Arrigon le escribió cuasi al mismo tiempo, de parte de su Santidad, para saber su modo de pensar sobre la famosa contestacion de *Auxiliis* ó de la predestinacion, y del modo con que concurre la Gracia con la libertad del hombre.

Esta cuestion, despues de haber sido agitada largo tiempo en las escuelas, habia sido llevada al Tribunal de Clemente VIII por los Dominicos. Tenian estos por contrarios á los Jesuitas. Los primeros sostenian los decretos predeterminantes: los Jesuitas defendian la ciencia media. El Papa, que era sugeto muy instruido, quiso examinar á fondo esta cuestion. Estableció al efecto una Congregacion compuesta de los Cardenales mas sabios y de los teólogos mas famosos; y la presidia él mismo. Reuniáanse á menudo: se disputaba con calor por una y otra parte; pero al fin murió el Papa sin que se hubiese decidido cosa alguna sobre esta cuestion.

Habiendo sido elegido Paulo V por sucesor de Clemente VIII volvió á entablarse este negocio con mas ardor aun que anteriormente: no fué esta una simple disputa entre teólogos; llegó por decirlo así á ser un negocio de Estado. Los pasos, que se dieron con este motivo con demasiado calor para un negocio que era muy importante por su misma naturaleza, hicieron al Papa que le mirase con mas seriedad. Resolvió no decir cosa alguna sobre el particular, sin haber consultado antes á los hombres mas sabios de Europa; y esta fué la causa por la que el Cardenal Arrigon escribió de parte de su Santidad al Obispo de Ginebra para saber su parecer sobre aquella famosa cuestion, que empezaba á dividir las opiniones de todos los teólogos católicos.

Francisco no hizo como la mayor parte de los que habia consultado su Santidad. Los unos se habian declarado por los decretos predeterminantes, y los otros por la ciencia media. El santo Prelado tomó otro partido: contestó al Cardenal, que despues de haber examinado

á fondo la disputa en cuestion, hallaba dificultades que le asustaban por una y otra parte: que el tiempo no era á propósito para una decision: que los ánimos estaban demasiado acalorados para someterse pacíficamente á una sentencia: que todo debia esperarse de su respeto á la santa Sede; pero que no siempre era esto muy seguro: que no convenia poner su sumision á semejante prueba, y que valia mas dedicarse á hacer buen uso de la Gracia, que no enredarse en unas disputas, que siempre han alterado la caridad, y turbado la paz de la Iglesia.

Francisco guardó siempre la misma moderacion con respecto á los dos partidos: verdad es, que su espíritu no estaba en tal indecision sobre la cuestion de que acaba de hablarse, que no se inclinase mas á una parte que á otra; bien se vé cual era su modo de pensar en su tratado del Amor de Dios.

Sin embargo, recibia igualmente bien á los Dominicos y á los Jesuitas; estaba persuadido, de que se disputaba de buena fé por una y otra parte, y no creia que su opinion particular debiese poner la ley á las demas. Vituperaba altamente aquel espíritu de partido, que hace pasar tan á menudo del odio de las opiniones al de las personas, que las siguen. La ley de la caridad tan recomendada en la sagrada Escritura, era, segun él, la ley suprema, la mas inviolable de todas las leyes, y á la que todas debian ceder. No podia sufrir que se tratase de hereges á unos católicos, que vivian dentro de la uncion de la Iglesia, tan solo por opiniones, sobre las que no se habia explicado la misma Iglesia. *¿Y qué, decia en estas ocasiones, somos nosotros de Pablo, de Apolo ó de Cephas? ¿No somos de Jesucristo? ¿Pablo, Apolo ó Cephas, han sido crucificados por nosotros? ¿Nos han rescatado? ¿O estamos acaso bautizados en su nombre?* No solo no aprobaba que se tratase de hereges á los que la Iglesia no habia privado de

su comunión; sino que desaprobaba hasta lo sumo, que se diesen reciprocamente el nombre de sectas. *Cristiano es mi nombre, decia, católico mi apellido: Hé aqui como deben hablar los que amen sinceramente la Iglesia de Jesucristo.*

Algun tiempo despues que Francisco hubo enviado al Papa su parecer sobre la cuestion de *Auxiliis*, salió para ir á visitar varias parroquias en lo mas distante de su Diócesis, á las que creia, que no habia bastado su visita general. Estaba persuadido, de que la primera visita apenas puede dar un conocimiento general y superficial de los negocios y necesidades de los pueblos: que no era suficiente el dictar providencias útiles, sino que era necesario poner los medios para que tuviesen cumplimiento. La esperiencia misma le habia enseñado, que era preciso algunas veces añadir ó quitar; y que hay pocas leyes generales, que no se necesite acomodar alguna vez á las circunstancias del tiempo y á las necesidades particulares.

Dios bendijo los desvelos de aquel vigilante Prelado: acabó con el restablecimiento de treinta y tres parroquias en lugares, en donde once años antes no habia encontrado sino ministros. *Yo emplee en aquel tiempo, dice en una de sus cartas, tres años solo en predicar, con todas las contradicciones que es fácil imaginarse; pero Dios me ha recompensado bien en este viaje: porque en lugar de que entonces no habia sino cien católicos en todos estos lugares, ahora no he encontrado en ellos cien Hugonotes.*

Proseguia Francisco sus visitas con toda la alegría, que era capaz de causarle la reunion de tantas almas á la Iglesia católica, cuando recibió cartas que le hicieron saber la muerte de Juana de Sales, la mas joven de sus hermanas; pero tambien la que él amaba con mas ternura. Habiendo ido á Annecy madama de Chantal, se la habia pedido para tenerla algun tiempo á su lado; y

Francisco, que no creia poderla procurar una mejor educacion, que la que era capaz de darla aquella santa viuda, se la habia confiado. Apenas hubo llegado á Montelon, en donde residia entonces madama de Chantal, cuando cayó enferma de calentura, acompañada de disenteria. El cariño, que esta señora la profesaba, no la permitió descuidar cosa alguna para aliviarla y servirla; pero los cuidados y remedios fueron igualmente inútiles, y murió á los catorce años de edad, hermosa, bien formada, dulce, llena de espíritu y de piedad. Madama de Chantal quedó traspasada de dolor, y se lo hizo presente al santo Prelado al enviarle aquella triste nueva.

Francisco, aunque estuviese él mismo muy aflijido, (porque no es propio de la virtud ser insensible y no tener afecto á los que Dios ha unido á nosotros por los lazos de una misma sangre), aunque le fuese pues muy sensible aquella pérdida, halló, que era escesiva la afliccion de madama de Chantal: la reprendió por ella, y la consoló al mismo tiempo, pero en términos que hacen conocer demasiado su caracter para dejar de referirlos. *Yo os veo, la escribió, con un corazon vigoroso y que ama ardientemente: y yo le aprecio mucho: porque aquellos corazones medio muertos, ¿para que sirven? Es necesario no obstante, mi querida hija, contenerlo un poco, y hacer para esto todas las mañanas una firme resolucion de amar la voluntad de Dios en las ocasiones mas insoportables.*

En otra parte describe sus sentimientos sobre aquella pérdida: dice, que habia interrumpido sus visitas para ir á consolar á su madre y á sus hermanos que sabia que estaban muy aflijidos con tal pérdida; y que se habia enternecido entrañablemente con la afliccion de su familia. Conviene, en que en esto se resienta algo de la flaqueza humana. Pero los santos son rígidos censores de su propia conducta; podrá juzgarse de esto por el

modo con que espresa sus propios sentimientos: *en cuanto á mí, dice, O! viva Jesus, yo seguiré siempre el partido de la divina Providencia: ella lo hace todo bien, y dispone lo mejor en todas las cosas ¡Qué dicha para aquella joven el haber sido arrebatada del mundo, antes que su malicia hubiese pervertido su alma y el haber salido de este lugar corrompido, antes de haber sido manchada!*

A un otro golpe, la verdadera piedad no pide un corazón duro y sin compasión. Jesucristo, el gran modelo de los santos, no creyó deber negar las lágrimas á la muerte de Lázaro, á quien amaba; se enterneció con la aflicción de sus hermanas. Permitido es pues el ser sensible; pero debe uno serlo con tal moderación, que nada haya desmedido, ni arrebatado, sino que esté siempre sumiso á la voluntad de Dios. Un dolor obstinado, que á nada atiende, y que no mira jamás de donde vienen los golpes que nos afligen, no puede menos de ser muy reprehensible; raro es que se tenga un dolor como el que acaba de decirse, sin que se murmure contra el modo siempre sabio, y siempre lleno de bondad, con que Dios dispone de las cosas: este es del que es necesario huir con mucho cuidado.

Madama de Chantal se aprovechó del consejo del santo Prelado, y se sometió á las órdenes de Dios; pero no se dió por satisfecha con respecto á la casa de Sales: ella creyó, que debía resarcirla de la pérdida que acababa de sufrir por causa suya; y esto fué lo que la hizo adoptar la resolución de casar una de sus hijas con uno de los hermanos del santo Obispo: ejecutólo á su tiempo con consentimiento de su familia, que se juzgó muy honrada con aquella alianza.

Francisco por su parte, despues de haber empleado el tiempo que juzgó necesario para consolar á su madre y familia, volvió á empezar sus visitas, y volvió á interrumpirlas para ir á predicar el Adviento en An-

necy. El año siguiente, predicó la cuaresma en Rumilly, ciudad pequeña de la Saboya, en donde se le aguardaba hacia mucho tiempo. Allí recibió cartas del Duque, que le obligaron, acabada la cuaresma, á ir á Tonon para negocios muy urgentes. Cuéntase una cosa que le sucedió en el camino, que es una prueba bien manifiesta de su mortificación. Se vió obligado á hospedarse en casa de un amigo suyo: sentarónse á la mesa; pero el que le habia puesto el cubierto se habia equivocado, poniendo harina en el salero en lugar de sal; los que le acompañaban en la mesa, lo notaron al momento; pero el santo Prelado acostumbrado á no poner atención alguna en lo que comia, continuaba sirviéndose de la harina en lugar de sal, y tal vez no hubiera reparado en semejante cosa, si el amo de la casa, al mandar que se le mudase el salero, no le hubiese dicho que disimulase la equivocación que se habia padecido. El santo Prelado, que ocultaba sus virtudes con tanto cuidado, como pueden poner otros en ocultar sus defectos, sintió un poco el que se hubiese advertido la ninguna atención que ponía en lo que se le presentaba delante para comer: mudó al instante de conversación, y el respeto que se le tenia, hizo que cada uno se abstuviese de decir lo que pensaba de una vida que parecia que nada tenia de extraordinario, pero que en la realidad era muy mortificada.

Por aquel tiempo llegó á noticia de Francisco, que un religioso de una de las Ordenes mas austéras, le habia hecho un mal servicio cerca de su Santidad. Háblele escrito, que el Obispo de Ginebra no velaba con bastante cuidado en desterrar de su Diócesis la lectura de los libros heréticos: que todos los días llegaban allí libros de esta clase, de Ginebra, que eran recibidos y leídos con ansia por los nuevos católicos; y que, si continuaba aquel desorden, no podia esperarse otra cosa

sino una funesta recaída de aquellos desgraciados en sus antiguos errores.

Difícil sería el decir la razon que pudo conducir á aquel religioso á aventurar una calumnia semejante. Todo lo que se sabe sobre esto, es, que habia ido á la Diócesis de Ginebra en calidad de misionero. Era este un hombre de un celo desmedido, que no tenia consideracion alguna, ni podia sufrir que se tuviese con los hereges. Su disposicion era de las mas medianas, y estaba acompañada de toda la presuncion, de que es capaz un medio sabio; caracter peligroso y diametralmente opuesto al del santo Prelado. Habiale ejercitado muchas veces la paciencia, y hubiera continuado ejercitándosela mucho mas, si el santo no hubiese hecho, que sus superiores enviasen otro en su lugar, persuadido, de que servia mas de estorbo, que de provecho.

La humildad jamas ha sido peculiar y privativa de un estado en particular: se tiene por conveniente hacer de ella una profesion exterior y pública, pero el amor propio tiene recursos extraordinarios; lo que pierde por un lado, lo gana por otro; todo sirve para alimentarlo, y aun á menudo lo mismo que parece que debia destruirlo.

El religioso, de que acaba de hablarse, miró la destitucion que le hicieron de él sus superiores, como un agravio que le hacia el Obispo de Ginebra. Y probablemente por vengarse, fué por lo que trató de calumniarle delante del Papa. No podia escojer una acusacion, que menos apariencia tuviese de verdadera, que la que intentó contra el santo Prelado. Su vigilancia sobre el punto de que se trataba, no podia llegar á mas; y como estaba persuadido, de que la lectura de los libros malos es una de las cosas mas capaces de corromper el alma y el corazon, nada omitia para impedir su curso. Pero el odio siempre fué ciego. Por otra parte, como la acusacion venia de lejos, no era fácil verificar su fal-

sedad; aquel religioso lo creyó asi á lo menos; y sobre este juicio falso, no puso dificultad en constituirse en acusador de un santo Obispo, cuya inocencia no podia ignorar, puesto que habiendo trabajado en su Diócesis, era imposible, que no hubiese sido testigo de muchas cosas, que no podian darle lugar á dudar de ella.